

PALABRAS INICIALES

A principios de 1936 tanto la cultura mexicana como la Universidad asistían al “espectáculo de un mundo que se derrumba desde sus cimientos y que busca a tientas la silueta de una nueva casa capaz de alojar a sus nuevas palpitaciones”. Las aulas y los cubículos eran entonces auténticos refugios del pensamiento independiente y libre, aun cuando un aire de conservadurismo parecía permear sus pacíficas trincheras.

Entre el desastre y la esperanza estuvo en aquel entonces la Universidad. Tuvo muchas responsabilidades y no cabe duda que las asumió. Luis Chico Goerne, el rector de la máxima casa de estudios, expresaba tal condición de la siguiente manera:

“Pudo pensar lícitamente la Universidad de ayer, que no era otra su norma ética ni otra su misión esencial, que las de enseñar, que las de transmitir el saber, que las de formar espíritus cultivados y sabios, que las de entregar la ciencia al uso y aún abuso de los hombres.

Ella, al pensar y al obrar así se injertaba plenamente en el espíritu de su tiempo; ese tiempo de mirada miope, que creyó encontrar en la técnica la única panacea de la vida, que sólo concibió lo social como yuxtaposición de lo individual, y que hizo de la igualdad artificial de los hombres ante la ley, el paradigma moral del vivir humano.

Pero la Universidad de hoy, que recibe como herencia del individualismo egoísta que le precede, junto a un pequeño grupo de poseedores de todos los bienes de la cultura y de la materia, una humanidad que nada tiene y que por no tenerlo se ha lanzado ya a la lucha de una franca rebeldía, esa Universidad que actuó dentro de un universo que integralmente se transforma, no puede ni debe continuar por la vieja trayectoria.

Ella, como su antecesora, afirma que es la enseñanza una de sus funciones esenciales; pero ella, a diferencia de su antecesora, que al entregar la ciencia como un patrimonio individual hizo de la labor del hombre culto una patria inaccesible para el miserable, quiere dotar a su obra educativa de un contenido más humano; quiere ante todo, que sus puertas estén siempre abiertas para quienes jamás pudieron asomarse a sus aulas; quiere, además, que sus universitarios sientan que el saber que les entrega no es una dádiva, sino un deber; que la riqueza espiritual de la cultura sólo se dignifica con el sacrificio y con el bien, y que frente a la antigua ruta que llevó al hombre sabio a enriquecerse al lado del poderoso, se abre una nueva vía que ha de llevarle al desposeído, para compartir con él sus angustias y sus esperanzas.

Nuestra Universidad pretende también, como la pasada, investigar y crear ciencia; pero pretende, además, ennoblecer esa ciencia, sirviendo con ella a la vida doliente de los bajos fondos sociales.

La Universidad de hoy ambiciona, sobre todo, ser un organismo vital, fundido en la existencia del país, palpitando con él, conviviendo con él sus inquietudes y sus ideales.

Frente a la vieja Universidad egoísta, indiferente al mundo que se agita y que sufre fuera de sus muros, la nueva ha de ser una Universidad generosa que se entregue en plenitud a la vida de su pueblo.

Este número inicial de la revista es el primer paso que da por esa nueva ruta, por esa nueva ruta que ha de llevarle un día a la entraña misma de México.”